

EL PASTOREO COMO ALTERNATIVA ALIMENTARIA EN TIEMPOS DE PANDEMIA. EL CASO DE LOS CABREROS DEL DESIERTO POTOSINO

María Isabel Mora Ledesma
El Colegio de San Luis
isabel.mora@colsan.edu.mx

RESUMEN

El pastoreo de caprinos en el altiplano potosino es un sistema productivo con fuerte anclaje territorial donde confluyen la memoria y los saberes que les ha permitido su supervivencia y generado una identidad propia. El propósito de esta reflexión es discutir las dificultades que viven y han vivido los pastores del desierto potosino en torno a la producción, venta y consumo de sus productos derivados del pastoreo y cómo estas problemáticas se han agudizado en el contexto de la pandemia del COVID-19. Asimismo, poner en relieve la importancia del pastoreo como una alternativa alimentaria emergente ante la crisis actual.

PALABRAS CLAVES

PASTOREO, CABRAS, DESIERTO, SUBSISTENCIA, PANDEMIA

ABSTRACT

Grazing in the Potosino highlands is a productive system with a strong territorial anchor where memory and knowledge converge that has allowed them to survive and generated their own identity. The purpose of this reflection is to discuss the difficulties that the shepherds of the Potosino desert live and have experienced around the production, sale and consumption of their products derived from grazing and how these problems have become more acute in the context of the COVID-19 pandemic. Also, highlight the importance of pastoralism as an emerging food alternative in the current crisis.

KEYWORDS

GRAZING, GOATS, DESERT, SUBSISTENCE, PANDEMIC

Introducción

La colonización del norte de México estuvo vinculada con la introducción de la ganadería menor, en 1582, que estableció el uso del suelo y el cambio de paisaje. Por tanto, la ganadería ha representado para los pobladores de la región una forma de existencia en un ambiente con recursos escasos. La producción caprina en nuestro país ha sido, históricamente, una manera de explotar los recursos naturales de baja productividad como son los agostaderos de las regiones áridas y semiáridas (Mora, 2013). En el Desierto Chihuahuense,¹ las cabras tuvieron una excelente adaptación y actualmente aportan 50 por ciento de cabras del total país; San Luis Potosí y Coahuila son los estados con mayor producción.

De acuerdo al inventario de ganado caprino, para finales de los noventa, el estado potosino contaba con 1,074,276 cabezas, lo que equivalía a 11.2 por ciento nacional. En la región altiplano se localizaba 60 por ciento de la producción estatal y 70 por ciento de producción de leche. Para 2004, el ganado caprino disminuyó a 711,480 animales, y para el 2009 se tenía un promedio de 400,000. Este ganado tuvo un aumento en 2014, año en que se reportó un promedio de 600,000, cifra que mantiene esta tendencia hasta 2017 (SIAP, s. f.).

En la zona de estudio, la mayor parte de las unidades productivas se conforman de pequeños hatos manejados por un pastor en donde participa toda la familia. En la visión general, estas unidades ganaderas son vistas como marginadas, escasas en infraestructura y con niveles de productividad muy bajos. Como consecuencia de esas nociones, se ha asociado a la ganadería caprina con la pobreza, la precarización y el deterioro ambiental. El desconocimiento de esta actividad practicada en el desierto mexicano la ha vuelto invisible y poco atendida.

En el ámbito académico, la mayoría de las investigaciones se enfocan a los aspectos técnicos de la producción y muy pocos estudios hablan sobre los saberes locales de manejo, la organización del trabajo, los conocimientos del territorio y clima, sus es-

1 El Desierto Chihuahuense abarca los estados de Chihuahua, Coahuila, Durango, Nuevo León, Zacatecas y San Luis Potosí, así como el sureste de los Estados Unidos de América.

trategias de movilidad, los circuitos de comercialización y, sobre todo, los referentes simbólicos y de significación que esta actividad representa para quienes la realizan desde hace varios siglos.

Dado el espacio, en este escrito no pretendemos abordar de manera exhaustiva los aspectos socioculturales que los pastores incorporan a su práctica productiva, aunque partimos de estudios previos sobre esta temática (Mora, 2013; Mora, 2021). Nuestra pretensión es visualizar cómo los espacios rurales ganaderos mantienen formas de resistencia que les han permitido su supervivencia aun en tiempos de la actual crisis sanitaria.

El objetivo de este escrito es describir las maneras en que los pastores han enfrentado y sobrevivido en la pandemia del COVID-19. Abordamos esta reflexión a partir de tres casos de familias con diferentes estrategias de producción. En la primera parte del escrito hacemos una revisión sobre la ruralidad en México y la situación de la pandemia para situar al pastoreo en este contexto; enseguida nos acercamos a los pastores en el altiplano y retomamos los casos de estudio y finalmente proponemos algunas alternativas que surgieron de las reuniones con cabreros de la zona antes de la pandemia.

La ruralidad en México

A pesar de los cambios acelerados del proceso de globalización en las últimas cuatro décadas, gran parte de la población, sobre todo de los países denominados “en desarrollo”, sigue siendo rural. En la reciente década, un promedio de 3,200 millones de personas, el equivalente a 55 por ciento de la población de dichos países vivían en zonas rurales (FIDA, 2011, citado por Matijasevic Arcila y Ruiz Silva, 2013).

De acuerdo al último censo de 2020, México cuenta con una población de un poco más de 126 millones de habitantes. De este total, 11 millones viven en localidades menores de 500 habitantes y 15 millones en poblaciones de 500 a 2,500 habitantes. De acuerdo a este informe, la población rural del país es de 26 millones distribuidas en 200,000 localidades. Lo que se infiere es que actualmente 80 por ciento de la población del país vive en asentamientos superiores a los 2,500 habitantes, considerados ciudades (INEGI, 2020b). Esta cifra muestra que la urbanización ha tenido un paulatino crecimiento desde la década de los cincuenta del siglo pasado, periodo en el que más de la mitad de la población vivía en el medio rural. En la década siguiente la población rural y urbana comenzó a igualarse y para la década de los setenta la población urbana rebasó a la rural. Los saltos progresivos fueron dándose en las dé-

cadav siguientes con un acelerado proceso de urbanización. En los años ochenta, 67 por ciento de la población vivía en el medio urbano; para los noventa aumentó a 71 por ciento; y se incrementó en 2010 a 78 por ciento. Como señalamos, conforme los últimos indicadores del reciente censo se vislumbra que 80 por ciento de la población del país se concentra en las ciudades (Tabla 1)

TABLA 1. EVOLUCIÓN DE LA POBLACIÓN RURAL-URBANA EN MÉXICO (1950-2020)

Año	Población total	Crecimiento población total	Rural	Crecimiento población rural	Urbana
1950	25,791,000		14,807,500		10,983,500
1960	34,923,100	(35.4%)	17,218,000	(16.3%)	17,705,100
1970	48,225,200	(38%)	19,916,700	(15.7%)	28,308,600
1980	66,846,800	(38.6%)	22,547,100	(13.2%)	44,299,700
1990	81,249,600	(21.5%)	23,289,900	3.2%)	57,959,700
2000	97,483,400	(20%)	24,723,600	(6.1%)	72,759,800
2010	114,256,000	(17.2%)	24,000,000	(-2.9%)	90,256,000
2020	126,000,000	(10.3%)	26,000,000	(8.3%)	100,000,000

Fuente: Elaboración propia con base en datos del INEGI (2020a; 2020b).

Como se observa en la Tabla 1, el momento de menor crecimiento rural (e incluso con decrecimiento) acontece en el periodo neoliberal, después de los ochenta (1990-2020). De 1980 a 2020, mientras la población total aumentó 88.5 por ciento, la rural lo hizo solamente 15 por ciento. Cabe preguntarse: ¿qué condiciones han propiciado este relativo proceso de desproporción de la ruralización?; y en lo particular para nuestro caso de estudio: ¿cómo ha afectado este proceso a las zonas de ganadería extensiva y trashumancia?

Aunque han sido vastas las discusiones sobre los criterios para definir lo rural, sus categorías de análisis y metodologías para su abordaje, acriticamente prevalecen ciertas tendencias en los imaginarios sociales hacia subvalorar lo rural como sinónimo de pobreza y atraso. Las políticas públicas suelen definirse bajo criterios demo-

gráficos, con base en el tamaño de la población, dejando por descontado las condiciones socioculturales y territoriales que les ha permitido conformar formas de vida ajustadas a sus propias condiciones.

Si bien este artículo no pretende entrar a las discusiones epistemológicas y metodológicas sobre la noción de lo rural, creemos necesario dejar la puerta abierta y retomar nuevos planteamientos para esta discusión, aún inacabada. No obstante, el mundo rural persiste y resiste, porque sus habitantes están arraigados a su terruño como el espacio que les da seguridad, y es desde este punto donde situamos el sistema de pastoreo en la zona del altiplano potosino, donde la pandemia ha develado la vulnerabilidad de los sistemas ganaderos.

Por todo esto, consideramos que rescatar el pastoreo como sistema de pequeña producción puede proporcionar las bases para generar una estrategia de desarrollo local en las regiones donde se practica. Las características fundamentales de los sistemas de pastoreo consisten en que sus habitantes mantienen bases locales de sustento en armonía y equilibrio con su territorio a través del manejo del ganado, el trabajo y su producción. Esta forma de vida ha proporcionado culturas específicas regionales como parte del mundo rural del país.

El pastoreo en el altiplano potosino

Lugar y sujetos de estudio

La zona norte del estado potosino presenta condiciones desérticas y semidesérticas que determinan una gran dispersión en esta población. Un dato reciente indica que 5,381 localidades, de un total de 6,554, tienen una población menor a los 250 habitantes (82 por ciento). La población total del estado es de 2,822,255 y sólo en la capital habita la tercera parte (845,941 personas) (INEGI, 2020b).

La zona del altiplano, situada en la parte norte del estado, presenta altos índices de dispersión con localidades que van de los 10 a los 50 habitantes. Esta conformación de la población tiene un sustento histórico articulado a las condiciones climáticas y ecológicas que han determinado las actividades propicias para estos habitantes del desierto, como la crianza de cabras, en áreas de ganadería extensiva y de trashumancia. Hoy en día esta zona tiene uno de los índices de mayor producción caprina en el país. Es una actividad de tipo familiar, con hatos de 50 a 300 animales, que mantiene características propias de producción y de vida en una estrecha relación con el territorio, dentro del cual construyen sus propias estrategias de sobrevivencia

articulada con su cultura (saber-hacer: trabajo y producción) y organización social (relaciones, normas, reglas, instituciones).

La supervivencia de estos grupos pastoriles proviene principalmente del pastoreo, que se articula con otras fuentes complementarias, junto con las cuales conforman su sistema agroalimentario local de carácter temporal como la recolección, caza, agricultura y traspatio.

De la ganadería obtienen leche, carne, quesos. Productos, que en su mayor parte están destinados a la venta y una proporción para autoconsumo. La recolección es una actividad que realizan de manera temporal para autoconsumo; recolectan nopales, tunas, algunos tipos de quelites, raíces, frutales, flores y gran variedad de yerbas para infusiones y medicinales. También de la recolección adquieren bebidas, como el agua miel y el colonche (bebida de tuna) y el mezcal. La recolección de agaves como la lechuguilla y de la palma semandoca es y ha sido una actividad muy importante en la zona. La talla, sobre todo de lechuguilla (de dónde sacan las fibras), es vendida en las tiendas de LICONSA de las localidades donde el kilo se las paga entre 10 y 15 pesos y una parte en especie (abarrotes) de la misma tienda. Esta actividad, aunque poco valorada, les apoya, sobre todo en los periodos de sequías y permite a los lugareños tener un ingreso económico.

La caza de animales comestibles es un complemento que realizan de manera temporal; capturan especies como el venado, la rata magueyera, jabalí, aves, serpiente de cascabel (esta última la utilizan como remedio y en algunos casos la consumen). La agricultura es escasa e impredecible, dada la baja e incierta precipitación pluvial de la zona (por debajo de los 350 mm); no obstante, cada año los habitantes persisten en la siembra de maíz y frijol de donde también adquieren pastura para los animales. El traspatio, como ha sido ampliamente documentado en la cultura campesina, es una actividad que, junto con los pequeños huertos, es realizada por las mujeres dentro de la unidad doméstica; les permite contar con alimentos, así como apoyo en casos de emergencia y celebraciones. En la mayor parte de las viviendas encontramos cría de cerdos, gallinas y cóconos.

Todas las actividades anteriores se rigen por los ritmos climáticos que marcan las lluvias y las secas, tiempos que los habitantes conocen y respetan, manteniendo un equilibrio armónico con la naturaleza. Estos conocimientos les ha permitido sobrevivir en estos climas tórridos, proveyéndolos de una alimentación sana y diversificada. En las últimas décadas estas localidades han disminuido su actividad caprina, lo que se agudizó a partir de la contrarreforma agraria en 1992, a partir de los cambios en la tenencia y propiedad de la tierra. Asociado a esos cambios en la legislación, el go-

bierno permitió concesiones a empresas mineras, agroindustriales, parques eólicos y megagranjas e impidió realizar el pastoreo extensivo y de carácter trashumante. Esas políticas impulsaron, sobre todo a los jóvenes, a incorporarse al trabajo asalariado como jornaleros (en las agroindustrias, mineras y megagranjas) o definitivamente los expulsó como migrantes a las ciudades norteadas, como Monterrey, y hacia los Estados Unidos.

El despojo territorial que ha cambiado su sistema de vida basado en la autosuficiencia alimentaria ha impactado en sus hábitos alimentarios, apuntando hacia una dependencia de los alimentos industrializados. Lo anterior ha generado obesidad y enfermedades como diabetes, presión arterial alta, entre otras. Estas morbilidades han situado a los habitantes como poblaciones vulnerables, las cuales por su aislamiento no cuentan con servicios de salud, ni seguridad social. Esta circunstancia, aunada a la precariedad derivada de los precios injustos recibidos por su producción de carne, leche y quesos, los coloca en una exclusión y situación frágil que se ha agudizado aún más, para ciertas familias, en los tiempos actuales de la pandemia.

La pandemia en el contexto rural del altiplano

Con base en las conferencias de prensa de la Secretaría de Salud de San Luis Potosí, al 28 de febrero de 2021 el estado potosino reportaba 56,674 casos de COVID-19, de los cuales 3,363 se registraron en el altiplano potosino, zona que abarca 15 municipios: Catorce, Charcas, Cedral, Guadalcázar, Matehuala, Moctezuma, Salinas, Santo Domingo, Vanegas, Venado, Villa de Arista, Villa de la Paz, Villa de Ramos, Villa Hidalgo y Villa de Guadalupe. Los municipios más grandes, como Matehuala y Charcas, son los que presentan los mayores índices de contagios. Para este periodo, Charcas (en donde realizamos los estudios de caso) contaba con 252 casos de COVID de una población de 21,814 (INEGI, 2020b). Más de 64 por ciento de los casos se registraron en la cabecera municipal y el resto en las 160 localidades rurales que pertenecen a este municipio, lo que en términos globales indica un muy bajo índice de contagios.

Los pastores de la zona han vivido la pandemia de una manera aislada, lo cual hace pensar en que están protegidos del contagio de COVID-19. Argumento que pudo ser constatado al observar que las localidades más aisladas no han presentado ningún caso, mientras que las localidades más cercanas a las cabeceras municipales o centros urbanos, así como las que tienen mayor índice de migración han sido las más

vulnerables a este virus. Los referentes que se objetivaban en ese aislamiento, no sólo social sino económico, espacial y de comunicación (pocas vías de acceso) los ha mantenido en una reclusión y distanciamiento preexistente antes de la pandemia.

Los ganaderos siguen trabajando en las actividades ganaderas (pastoreo, ordeña, elaboración de quesos), en las actividades agrícolas: sembrar, cultivar, cosechar, criar animales de traspatio, todo lo referido a la vida diaria, digamos, en un aislamiento productivo. No obstante, se constata que en tiempo de crisis, los grupos vulnerables siempre serán los más vulnerados y es aquí donde se sitúan los cabreros que dependen del clima para sus actividades, un mercado que les impide adquirir precios justos, así como la dependencia de los apoyos y políticas gubernamentales que les marca la regla de qué y cómo producir.

Los pequeños ganaderos no han sido afectados físicamente por el virus, no obstante, la crisis sanitaria les ha afectado en su economía de manera directa y diferenciada con el cierre de establecimientos, restaurantes y de mercados, al no poder vender sus productos directamente en estos espacios; algunos de ellos no pueden colocar sus productos en los canales habituales y sólo les queda venderlos muy por debajo de los precios que sostenían en el mercado antes de la pandemia.

¿Cuáles son las condiciones en que han sobrevivido los pastores del desierto potosino ante la prescripción de confinamiento y de movilidad?, ¿existe el riesgo de que haya escasez en su producción de alimentos y se agudice más su vulnerabilidad? ¿Cómo puede la producción local constituirse en una alternativa alimentaria y de sobrevivencia? La pretensión de este escrito es describir la situación que actualmente algunas familias están viviendo y cómo cada una plantea sus propias estrategias de existencia. Situaciones que pueden ser extrapolados a otras familias de la zona.

Las familias. Resistencias, estrategias y vulnerabilidad ante la pandemia

Con todas estas adversidades, agudizadas en el contexto de la pandemia, los ganaderos y ganaderas de caprino del desierto continúan trabajando. Las cabras no entienden de confinamientos ni decretos sanitarios. Necesitan salir al monte a alimentarse, deben ser cuidadas ordeñadas a diario y elaborar los quesos ante el riesgo de que la leche se eche a perder. Todas estas acciones se siguen realizando de manera constante por las familias pastoras. La vida en el campo continúa en su cotidianidad, siguiendo los ciclos temporales y climáticos que siempre han afrontado.

Realizamos algunas estancias de campo con el objetivo de constatar cómo las familias pastoras están viviendo y afrontando esta situación. Se visitaron a tres familias con las cuales ya teníamos acercamiento y confianza; bajo este conocimiento optamos por elegir diferentes contextos y momentos de las unidades domésticas que nos permitieran tener una visión amplia y general conforme las especificidades de cada familia.

Las tres familias coincidieron en que en sus localidades no había, hasta octubre de 2020, ningún caso de COVID. Si bien tenían conocimiento de la pandemia, para ellos no era la preocupación principal, lo que se observó en que no seguían las medidas sanitarias recomendadas, como el uso del cubrebocas y mantener sana distancia: “aquí no se ha sabido nada de eso”, solían decirnos, aunque mantienen cierto conocimiento de casos y de parientes que habían tenido COVID-19 en Monterrey y en la cabecera municipal. Señalaron que ellos siguen realizando sus actividades cotidianas, como salir a pastorear, ordeñar, elaborar quesos y ahora en el temporal sembraron sus tierras. “Aquí el trabajo no para”.

Las familias que se visitaron, con las cuales ya habíamos tenido alguna estancia de trabajo de campo, nos permitió ver un poco más allá de lo que contaron y desde dónde fundamentamos la interpretación de su situación y estrategia productiva, complementada con el conocimiento previo del pastoreo y su territorialidad.

Familia A

Radica en la localidad de Tinajuelas, perteneciente al ejido Miguel Hidalgo, ubicada aproximadamente a 15 km de la cabecera del municipio de Charcas. El rancho cuenta con 220 habitantes y la mayor parte se dedica a la crianza de chivas; algunos pobladores se emplean en la mina del Grupo México o en las agroindustrias del tomate. La mayor parte de las familias mantienen algún grado de parentesco, lo que les permite contar con apoyos mutuos. La familia es nuclear, constituida por padres de 50 años de edad; esta pareja tiene cuatro hijos con edades de 18 a 25 años y cuenta con el apoyo de hijos e hija casada (esta última no vive en la unidad doméstica). Junto con sus hijos crían un hato de aproximadamente 200 chivas. Esta familia está articulada al mercado externo de venta de quesos (aunque en pequeña escala), han adoptado innovaciones tecnológicas para el ganado y cuentan con apoyos del gobierno. Siembran maíz y frijol y tienen un invernadero (otorgado por el gobierno) en donde producen hortalizas.

Llegamos a la localidad de Tinajuelas después de aproximadamente tres kilómetros de veredas de terracería. Mary, la madre de familia, junto con su hija casada y

su pequeña nieta, estaban en la quesera que el gobierno proporcionó a un grupo de mujeres de la localidad para elaborar quesos. Este programa fue implementado para “enseñar” a las mujeres las normas higiénicas establecidas en los últimos años en la zona, so pena de no vender sus productos. Este programa proyectaba instalar 30 queseras en la zona, de las cuáles sólo dos están funcionando, una de ellas en Tinajuelas. El proyecto exhortaba a las mujeres a organizarse como requisito para producir un queso “de mejor calidad”, con reglas de sanidad establecidas por el gobierno, como esterilizar la leche, uso de cuajos industrializados (en sustitución del natural), elaboración de quesos tipo gourmet, dirigido principalmente al mercado urbano (en sustitución del queso fresco que se vende y consume localmente).

En el proyecto de Tinajuelas iniciaron varias mujeres que, por diversas circunstancias (trabajo en la casa, falta de leche, cuidados de la familia, etc.), se fueron retirando, por lo que la quesera se quedó bajo el uso y administración de esta familia. Volviendo al caso de la familia, a nuestra llegada ambas mujeres estaban preparando queso fresco y cajeta que iban a llevar a vender a la cabecera municipal de Charcas. Al preguntar por el padre nos señalaron que él andaba pastoreando las chivas. “Eso no se para”.

Mary es una mujer muy activa, junto con su esposo se han relacionado con los mercados regionales y nacionales. Mencionó que la situación de la pandemia les ha afectado bastante, dado que ellos dependen de la venta extralocal y urbana, su mercado local es muy restringido ya que han pasado de la producción del queso fresco (artesanal) a una variedad de quesos tipo gourmet que la población local no consume. El queso que ella elabora es con leche esterilizada, utiliza el cuajo comercial (en polvo). Sus ventas las sitúan en tianguis, abarrotes urbanos, ferias estatales y nacionales, y restaurantes. Si bien no han dejado de vender, el volumen se ha reducido a más de la mitad. En donde se han visto más afectados es en la venta de carne (cabrito y chivas de descarte para la barbacoa), dado que los precios bajaron notablemente.

La venta de la carne siempre ha sido un problema en la zona, ya que se realiza por intermediación del partideño (comprador de ganado) a quien tienen que vender al precio que ofrezca o no hay venta. En este periodo les llegan a ofrecer de 50 a 100 pesos por el cabrito (cuando en tiempos regulares la venta es de 400 y hasta 600 pesos; en los restaurantes el platillo tiene un precio de 300 pesos). Ellos decidieron no venderlos y dejarlos para consumo familiar. La baja en los productos de carne está articulada a la venta local y, sobre todo, extralocal; el cabrito y la barbacoa se comercializan en restaurantes o localmente para fiestas, por lo que el cierre de restaurantes y prohibición de las fiestas y reuniones, decretados por las pandemia, mermó notablemente

la venta. Esto se ha agravado más ante el cierre de los tianguis semanales, como es el caso del mercado Tlaculli, ubicado en la ciudad de San Luis Potosí, a donde acuden varios productores de la región a ofrecer sus productos directamente.

Los precios de los quesos gourmet, que por lo general en los supermercados oscilan entre 50 y 70 pesos, ellos lo están vendiendo a 30 y 35 pesos. Ante esta baja, decidieron elaborar el queso fresco, pero su venta es reducida, puesto que los métodos de innovación que usan en la quesera no son del gusto de la población local, ya que el queso pierde sabor y consistencia. Una estrategia que han utilizado para aprovechar la leche, que se ordeña diariamente, es elaborar cajeta que se vende localmente o en la cabecera municipal de Charcas, la cual, señalaron que se está vendiendo muy bien.

Para esta familia, cuyas ventas antes de la pandemia habían sido muy exitosas y reconocidas por apostarle a mercados externos y urbanos y usar tecnologías innovadoras, esta época ha sido de afectación notable de su economía. No obstante, continúan con la crianza y el pastoreo, y apostando a un mercado local, elaborando queso fresco y cajeta.

Familia B

Esta familia radica en la localidad de Berrendo, con 140 habitantes, perteneciente al ejido Francisco I. Madero, a 30 km de la cabecera municipal de Charcas. La familia es extensa, los padres con edades de 50 y 55 años, respectivamente, tienen siete hijos, de los cuales cinco viven en Monterrey. En la unidad doméstica viven un hijo soltero de 18 años y un hijo casado de 24 años, con su esposa y una hija pequeña. Mantienen un hato de 200 chivas y su producción de quesos está dirigida al mercado local y municipal. Esta familia usa las técnicas tradicionales de elaboración de queso, leche cruda y cuajo natural. Ellos prefieren producir de manera independiente del gobierno ya que, señalaron, les ponen muchas trabas; por lo mismo, no cuentan con apoyos estatales. Siembran maíz y frijol de temporal y recolectan escamoles y gusanos blancos, exclusivamente para la venta, dado que ellos no los consumen.

Llegamos a la localidad por la carretera que conduce a Estación Catorce; en Estación Berrendo nos desviamos en un camino de terracería para después de unos minutos llegar al rancho de Berrendo, en donde la mayor parte de las familias se dedican a la crianza de chivas, visualizado en los corrales anexos a las viviendas.

Nos recibió Lucy, la madre, quien se encontraba en la cocina echando las tortillas, apoyada por su nuera. Ambas ya habían elaborado un 20 quesos producto de la ordeña del día. En este periodo (octubre), la producción de quesos empieza a bajar y se agudiza más a partir de diciembre (en el estiaje), situación que se prolonga hasta

las sequías y se empiezan a recuperar a partir del mes de junio, cuando inicia el temporal. Cabe mencionar que cada queso requiere un promedio de seis litros de leche. El padre andaba pastoreando las chivas mientras los hijos realizaban otras actividades agrícolas.

Nos recibieron con un plato de frijoles, calabazas (producto de la cosecha del año) y menudo de venado, animal que recientemente habían cazado los hijos. Nos pusieron un queso, salsa y tortillas que estaban haciendo; es frecuente que estas familias reciban al fuereño con un queso, tortillas y salsa, y en algunos casos ofrecen leche de chiva. Nos mencionaron que en el rancho, a la fecha, no se sabía de nadie que le hubiera dado la “enfermedad” (como ellos llaman al COVID-19). Para esta familia, la pandemia no ha mermado la venta de sus quesos, dado que tienen sus clientes ya muy fijos, tanto en el ejido como en la cabecera municipal. Incluso señalaron que incluso les están haciendo falta más y que ahora tienen más pedidos que antes: “la gente tiene que comer”. Lamentaron no poder producir más queso; en esta época la producción de leche baja, ya que las cabras están “cargadas” y empiezan las secas.

La producción planeada de los nacimientos de los cabritos se articula a esta temporalidad, donde le apuestan a la venta del cabrito para los meses de invierno. No obstante, el precio del cabrito en 2020 disminuyó notablemente, aunque notaron que seguramente se acrecentará más en los próximos meses, tomando en cuenta que diciembre y enero son las mejores ventas del cabrito, en tiempos normales. Por lo que, para esta familia, la venta de quesos es su principal fuente de ingreso en este tiempo de pandemia. Ante la baja de ingresos por los precios y baja de venta de los animales, el padre y el hijo casado han optado por trabajar como jornaleros en las agroindustrias de tomate, ubicadas en el vecino municipio de Vanegas. Mencionaron que en los campos jitomateros no han parado de trabajar. La familia sembró este año maíz y frijol con la expectativa de que no caiga ninguna helada y puedan tener cosecha para el sustento del año.

Familia C

Esta familia radica en la localidad de los Charcos, ejido Álvaro Obregón. Está constituida por una pareja de más de 70 años. Tienen hijos que han emigrado y otros que viven en la misma localidad, pero han formado sus propias unidades domésticas. Esta localidad está aproximadamente a 10 km de la cabecera municipal por carretera pavimentada hasta Estación los Charcos. En los Charcos no toda la población se dedica al cuidado de las chivas; por las cercanías a la cabecera municipal hay mineros, maestros o muchos se han ido de migrantes. La pareja tiene siete hijos y solamente

uno se dedica a la crianza de chivas. Ellos tienen un hato de 50 animales y su mercado de quesos es local y municipal; están abiertos a la innovación, pero no cuentan con apoyos del gobierno.

De la cabecera municipal de Charcas hicimos 20 minutos para llegar a la localidad de los Charcos. Fuimos recibidos con mucho entusiasmo por la pareja, con quienes también ya habíamos tenido estancias de trabajo de campo. Doña Leo nos comentó que su problema no es la pandemia sino la enfermedad de sus animales, lo que les ha reducido notablemente su hato. Además mencionó que su esposo, por la edad, ya no las puede sacar a pastorear. Una de las problemáticas que presenta el pastoreo en la región es el envejecimiento de las unidades domésticas pastoriles, en gran medida a causa de la migración de los jóvenes que, al no encontrar condiciones de supervivencia dignas en su región, han optado por dejar las actividades rurales; la situación ha provocado que las personas mayores reduzcan su ganado al no poder salir a pastorearlo.

El pastoreo requiere de un arduo trabajo que implica caminar entre 20 y 30 kilómetros diarios, la ordeña, la elaboración de quesos, los traslados para su venta, entre otros. Todo esto requiere de un trabajo familiar y de fuerza de trabajo joven. Esta familia es un ejemplo de este tipo. La pareja supera los 70 años y toda su vida se han dedicado a la crianza de chivas, no obstante, ambos se resisten a dejar la actividad. Para esta pareja, el COVID-19 y el mercado no eran parte de su preocupación, mencionaron que para ellos con pandemia o sin pandemia tienen las mismas condiciones. Doña Leo nos comentó que lo que les falta es leche para hacer los quesos, ya que se los piden constantemente y su demanda ha crecido. En esta temporada les están comprando el queso a 30 y hasta a 35 pesos, precio que para ellos es bueno, ya que regularmente se los pagaban a 20 pesos o menos. Ellos han solicitado constantemente apoyos al gobierno para la enfermedad de los animales y apoyo para vacunarlos, ya que es una exigencia sanitaria, pero no han tenido respuesta y los veterinarios particulares les cobran muy caro. Doña Leo ha intentado también participar en programas del gobierno e innovar en la elaboración de quesos conforme a las normas establecidas, pero ni así ha podido contar con ningún apoyo. También han intentado etiquetar sus quesos, como se les exige para poder venderlos, pero el costo es de 15,000 pesos y no cuentan con esta cantidad. La respuesta que han recibido es que no son sujetos de apoyo, dado que tienen todos los servicios en su casa y aparatos electrónicos (que sus hijos migrantes les han proporcionado).

En su afán de continuar con esta actividad han optado por reducir su ganado para poder sostenerlo de manera establecida. Para lograrlo se han asesorado, por su

cuenta, en la preparación de alimento para el ganado con la producción de silos hecho a base de maguey, nopal y melaza, que en parte les ha funcionado. Señalaron que seguramente no les dan apoyo porque ya están viejos, no obstante, ellos consideran que su vida son las chivas y que todavía pueden vivir de ellas.

Lo observado

Como hemos visto la producción en los sistemas de pastoreo sigue constante, sobre todo la de los quesos que es la fuente principal de estas economías locales; tienen una clientela ya establecida y sus ventas han aumentado, por lo que la economía para estas familias se ha sostenido gracias a un mercado local.

La situación no es la misma para los productores que le han apostado a los mercados extralocales y urbanos, y al uso de nuevas tecnologías, como fue el caso A, quienes fueron el modelo exitoso a seguir según los programas de gobierno que se propusieron convertirlos en empresarios; ellos han sufrido más las consecuencias de esta pandemia, al depender de un mercado global, urbano y anónimo donde las fuerzas y voluntades de la venta depende de las políticas institucionales, donde el intermediarismo y el gran capital pone las reglas. Lo mismo sucede con el mercado de la carne, donde existe un sistema de control del mercado por parte de los intermediarios, quienes se aprovechan de la pandemia para ofrecer precios muy bajos a los productores; ante esta situación, algunas familias prefieren, antes que malbaratar, dedicar la carne para autoconsumo.

La crisis sanitaria ha develado situaciones en donde los controles de los mercados han aprovechado la pandemia para sacar provecho de los productos locales. El gobierno y sus programas para el campo no contemplan en sus programas empresariales a los adultos mayores, a pesar del discurso oficial de proteger a los adultos mayores, tal como vimos en la familia C. No obstante, esta situación es muy constante en la región como resultado de la migración de la población joven que ya no quiere dedicarse al pastoreo, por la visión general de que la crianza de chivas es una actividad que no da para vivir. Un ejemplo que contradice lo anterior es el caso de la familia B, quienes elaboran 30 quesos diarios que venden a 30 pesos. Si suponemos que consumen 2 quesos y venden 28 obtienen un ingreso diario mínimo de 800 pesos; tal como lo señalaron las familias B y C, la demanda en esta etapa de confinamiento es tan alta que requieren más leche y fuerza de trabajo. Hay que recordar que la elaboración de quesos implica apretar el cuajo por lo que se requiere fuerza en los brazos y,

como nos han mencionado muchas mujeres adultas, “ya no tenemos la misma fuerza”, como es el caso de la familia C.

Si bien la alimentación local no se ha visto afectada, ahora consumen más carne para malbaratar a sus animales. Pero también les implica no obtener ingresos para otros gastos, como la adquisición de abarrotes, medicina, vestuario, transporte, gasolina educación, entre otros; al respecto señalaron que, como no hay clases presenciales, los maestros les están vendiendo a los estudiantes de estas poblaciones los materiales didácticos.

A partir del contexto de la pandemia, la alimentación ha tendido, digamos, a un proceso de autoabasto, donde a partir de la falta de recursos monetarios ha disminuido el consumo de productos industrializados y se ha privilegiado a los alimentos locales, tal como lo observamos en la familia B, al ofrecernos productos de agricultura, caza y pastoreo.

Estas familias han mantenido, de hecho, las condiciones del aislamiento social y a la vez económico que, si bien los sitúa relativamente con más seguridad ante la enfermedad, también los hace más vulnerables económicamente, al no poder vender sus productos a precios justos y, por tanto, no contar con los apoyos necesarios para mantener su producción primaria, caso de la familia C. Algunas familias, como el caso de la B, para complementar los ingresos de la venta del cabrito, han optado por acudir a trabajar como jornaleros en campos donde las condiciones laborales y sanitarias los vuelven más vulnerables.

Podemos señalar que la resistencia de estas tres familias se basa en estrategias distintas, según su propio contexto familiar y al margen de los apoyos gubernamentales: la Familia A ha optado por diversificar su producción y dirigirla a un mercado local; la familia B se ha incorporado al trabajo asalariado sin dejar su producción local; y la familia C le han apostado a la estabulación como una medida emergente ante la edad de la pareja.

Perspectivas y alternativas

Como hemos documentado, los habitantes del medio rural siguen trabajando, no hay pausas para la siembra ni para el ganado; la producción de alimentos es una actividad prioritaria que no puede parar y es la base fundamental para contrarrestar la pandemia que requiere contar con una alimentación sana y variada. No obstante, el mercado y la producción industrial cierra los caminos para una satisfacción alimen-

taria local; lamentablemente este afán del capital podría llevar a una crisis, no tanto de producción sino en la distribución y control de alimentos.

Sostenemos que la agricultura y ganadería producen lo suficiente para soportar una crisis, como lo hemos visto. El problema no es la falta de alimentos. Sin embargo, es posible que, en algún momento, las grandes empresas capitalistas que dominan el mercado de alimentos puedan promover el boicot o el bloqueo en la distribución de los alimentos, interfiriendo en el mercado, la distribución y el precio, así como el control del almacenamiento para el mercado. Como vimos en los estudios de caso específicos, los pastores siguen produciendo, no obstante, el intermediarismo sujeto al capital es el que está imponiendo las reglas del juego, poniendo los precios y la distribución, impulsando a los pastores a producir menos carne ante los precios condicionados del cabrito, en donde los productores locales no tienen acceso y no les queda otra que sujetarse a dichas condiciones. Mientras tanto, en los mercados locales y familiares la situación es diferente, la gente sigue comprando y consumiendo lo que los campesinos producen.

De hecho, algunas familias señalan que ahora comen mejor, más sano, al no contar con el dinero para comprar comida industrializada. Si bien lo que señalamos es mucho más complejo de lo que podemos mostrar aquí, sí creemos que retomar la compra directa y local puede ser una manera de comer mejor y más barato, y de esta manera apoyar a los pequeños productores en estos tiempos tan inciertos. Para lo anterior planteamos algunas reflexiones que hemos recuperado de la investigación realizada en la región pastoril (Mora, 2021):

El territorio para los pastores “es la vida”, implica su sustento, por lo que su recuperación implica rescatar la comida, la vida y la memoria del saber hacer de estas sociedades del desierto. Las localidades rurales pastoriles, como vimos, en el contexto de la pandemia han continuado su vida cotidiana, trabajando, habitando y conviviendo, rechazando el aislamiento individual. Si bien no podemos hablar de una experiencia organizativa, están conscientes de su problemática, según lo expresado en los grupos de discusión que desarrollamos (Bitácora de campo, 2015-2016). Requieren conocer otras experiencias y ver cómo lo hacen otros pastores.

Vemos pertinente retomar el caso de cabreros organizados en España, quienes en el contexto de la pandemia han promovido sus productos como 100 por ciento sostenibles, con altos valores nutricionales que los convierten en grandes aliados para combatir la actual pandemia ya que refuerzan el sistema inmunitario (la leche de cabras es la que más se parece a la leche materna ya que no contiene lactosa). Ellos han promocionado el sector caprino, dado que también sus ventas han bajado y el

capital les ofrece precios muy bajos para luego vender más caro. La opción ha sido hacer una campaña, comprando directamente a quienes proveen de alimentos saludables, no sólo de estos productos sino de los que provienen del campo. Hacerlo aquí también fortalecería a estos sectores agropecuarios de pequeña producción familiar y, con ello, contar con una alimentación más sana y barata que permita enfrentar esta crisis.

Como hemos repetido constantemente, los pastores continúan trabajando, por lo que este sector ganadero caprino puede contribuir a surtir de alimentos sanos y de calidad a la población urbana, además de que necesitan vender sus productos. Con el simple gesto de comprar un queso artesanal, un litro de leche de cabra o un cabrito no sólo estaremos contribuyendo a mantener una alimentación más sana sin insumos químicos, sino a que este sector obtenga precios justos ante la grave crisis económica que están viviendo, y apoyar en el mantenimiento del trabajo y la vida de las zonas rurales.

Los modos de vida rural nos invitan a repensar el mundo fuera de la globalización, el capitalismo y la integración económica que nos homogeniza en parámetros similares. Las regiones en donde aún persisten formas campesinas de producción y de vida no son susceptibles de las políticas globales, pero a la vez son marginadas, ya que no representan una amenaza económica.

Retomando los planteamientos de los estudios de carácter antropológico de la primera mitad del siglo pasado en torno a la ruralidad como sinónimo de pobreza, atraso e ignorancia (Castro Pérez, 2002), observamos que estas imágenes siguen presentes, con la diferencia de que ahora esta intervención se realiza desde las propias localidades, imponiéndoles otras formas de producir en detrimento de sus propios saberes. Es el ejemplo del caso señalado: imponer y apoyar la producción del queso industrializado en lugar del queso artesanal, con la amenaza de no poder vender, acompañado del discurso de que la única forma de que salgan de la pobreza es volverse empresarios. Todo esto ha negado su sistema de vida al imponerles qué, cuándo y cómo producir. Lo anterior nos invita repensar el mundo rural, sus especificidades regionales y étnicas, en una relación horizontal, igualitaria y de respeto con las grandes urbes.

Referencias

- Castro Pérez, A., Ochoa Ávila, M. G. y Soriano Pérez, M.**
(2002). *Antropología Sin fronteras. Robert Redfield* (1. Antología). IIA/UNAM, Fideicomiso para la cultura México/USA, Fundación Rockefeller, Fundación Cultural Bancomer, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.
- INEGI, Instituto Nacional de Estadística y Geografía**
(2020a). *Censos y Conteos de Población y Vivienda. Serie histórica censal e intercensal (1900-2010)*.
- INEGI, Instituto Nacional de Estadística y Geografía**
(2020b). *Censo de Población y Vivienda 2020. Tabulados de Cuestionarios básicos. Localidades y población total por entidad federativa según tamaño de localidad*. <https://www.inegi.org.mx/temas/estructura/#Tabulados>
- Matijasevic Arcila, M. y Ruiz Silva, A.**
(2013). La construcción social de lo rural. *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social* 5, 24-41.
- Mora Ledesma, M. I.**
(2013). (coord.) *Los caminos de la trashumancia. Territorio, persistencia y representaciones de la ganadería pastoril en el altiplano potosino*. El Colegio de San Luis.
- Mora Ledesma, M. I.**
(2021). *Saberes del sustento. Pastoreo, territorio y temporalidad. La cultura alimentaria en el desierto (2021)*. El Colegio de San Luis. En prensa.
- SIAP, Servicio de Información Agroalimentaria y Pesquera (s.f.).**
Anuario estadístico de la producción ganadera. Avance por estado, San Luis Potosí, 1990-2017. Recuperado el 17 de enero de 2020. https://nube.siap.gob.mx/cierre_pecuario/